Mi Sangre Yagán

Ahua saapa yagan

by

Víctor Vargas Filgueira

Hifas editoriales
Colección: Zona de saberes, Serie *Tierra de color*

MI SANGRE YAGÁN, AHUA SAAPA YAGAN
© Autor: Víctor Vargas Filgueira
© De la edición: Paula Hernández Cerda, Hifas editoriales
Colección: Zona de saberes, Serie *Tierra de color*
Correcciones y estilo, *con* Simona Grob y Rosa Cerda
Primera edición, 2022

©De la primera edición: Editora Cultural Tierra del Fuego, Ushuaia, 2017

Fotografía de Portada: Martín Gusinde, 1922 - Mejillones, Isla Navarino.
Cortesía del Museo Antropológico Martín Gusinde.

Puerto Montt, Chile
hifaseditoriales.cl

Impreso en Offset en Andros Impresores, Santiago de Chile, en 1.000 ejemplares

ISBN 978-956-09742-2-8

Dedicamos esta edición a la abuela Cristina Calderón Harban (1928 - 2022) y a su sobrino, Martín González Calderón (1953 - 2020)

A los sonidos de la lengua yaghan que guardan el mar y las montañas del *Yaghan Úsi*[1], que hicieron eco en las bahías, en las orillas, en los bosques. A quienes aún escuchan en sus sueños y en la sobremesa las palabras de sus ancestros. A los glaciares que miraron de frente los rostros ennegrecidos de los canoeros del mar austral y aún recuerdan a los habitantes de cuerpos pintados como las aves.

[1] Territorio Yagán

Palabras editoriales

Los canoeros de los archipiélagos australes habitaron un territorio inmenso y múltiple, escarpado para nuestros ojos, para nuestras maneras de comprender el mundo. Desnudos, untados de grasa de animales marinos y *tierra de color*, protegieron sus cuerpos del frío y de un mar entre glaciares. Sus tocados de plumas de albatros, collares y pulseras de pequeñas caracolas y huesos, minuciosamente elaborados, y sus pinturas corporales, son de una delicadeza que conmueve y nos hablan de un habitar en coexistencias, entre aguas, plantas, animales, montañas, vientos y cosmos. Un habitar liviano, sólo de equipajes imprescindibles, que fue dejando una poderosa, pero sutil huella bajo tierra, las marcas de sus asentamientos temporales en conchales[2].

Nos sumergimos en la tierra de los fuegos, hogueras en tierra y fuegos trasladados en las *ánan*, las canoas de corteza de coigües, atravesando los canales del archipiélago del sur austral; hogueras-hogares que al evocarlos nos parecen estrellas flotando en el mar. Transitamos sus atmósferas, percibimos los sonidos de la *yaghan kuta*, lengua yagán, las distancias y las formas, los colores, los olores, los sabores, las texturas... los dolores y las alegrías. Navegando por su imaginario y su propia experiencia de habitar el mismo territorio que habitaron sus ancestros, Víctor Vargas Filgueira, hijo de Catalina Filgueira Yagán, nacida en la Hacienda Santa Rosa de Isla Navarino, nos traslada a los tiempos de su bisabuelo *Asenewensis*, llamado por los colonizadores como Tomas Yagan. Recorre su territorio ancestral, sus lugares y sus geografías, en un tiempo diferente al que conocemos hoy.

Mi sangre yagán, es una escritura original, desde el esfuerzo de una voz indígena por contarnos otra historia, desde otro lugar, desde la voz de sus antepasados que sufrieron la pérdida de miles de los suyos en un corto período de tiempo, que sufrieron la alteración violenta de sus modos de vida. Un relato que nos sitúa en un espacio-tiempo otro, que emerge desde las palabras de las mujeres y las abuelas junto al fuego encendido de su madre, desde sus sueños e intuiciones, y desde una investigación que llevó

[2] Depresiones circulares que concentran unas especies de anillos formados por montículos de concha y algunos restos restos óseos de animales y objetos, con alturas variables

muchos años al autor, re-leyendo y re-interpretando los relatos, las historias contadas, las traducciones del misionero Thomas Bridges o del sacardote y etnólogo Martín Gusinde, entre otros misioneros y exploradores del *Usín* o *Yaghan Úsi*, el territorio ancestral yagán, territorio que fue fragmentado por una frontera en 1881, conformando el *Onashaga*, el canal Beagle, como límite entre Chile y Argentina.

Esperamos que esta publicación contribuya a remover nuestras pautas literarias, de aquellos relatos que han construido nuestro conocimiento de los territorios ancestrales del sur, o de aquellas narrativas a las que nos hemos acostumbrado a leer o escuchar, desde otros, acerca de otros. Víctor Vargas nos reta a repensar, a no olvidar que los vínculos con el pasado permanecen, y nos desafía a re-conocerlos y re-conocernos.

Agradecemos especialmente a la Biblioteca del Dartmouth College por su impecable gesto en el acceso sus colecciones y facilitarnos material de archivo del fotógrafo norteamericano Charles Wellington Furlong; al Museo Antropológico Martín Gusinde, por responder con premura con la fotografía del etnólogo Martín Gusinde para la portada de esta edición. Al Museo del Fin del Mundo, por su disposición en facilitar imágenes en el proceso de edición, y a la Editora Cultural Tierra del Fuego, por su interés, en primera instancia, en publicar el escrito de Víctor Vargas Filgueira, y por su generosidad en su apertura hacia otras ediciones. A Mrs Yseult Chehata, del Anthropos Institut, por su gentil colaboración en la búsqueda del material fotográfico. A Marisol Palma Behnke, por su gentil apoyo en las indagaciones de archivo, así como a Andrea Josh, por su atenta respuesta.

A José Luis Alonso Marchante, agradecemos su siempre comprometida respuesta como prologador invitado, y, desde nuestro *sheskín*, desde el corazón, al autor, por haber confiado en nosotres para esta edición chilena de su libro.

Palabras del autor

Este libro nació con el legado de un viejo *yekamush*, hechicero, del pueblo yagán. Su nombre era *Asenewensis* y su traducción se resume como "hombre del bosque". Una persona valiente y fuerte que no aceptaba el accionar colonizador y sus imposiciones a mediados del Siglo XIX y principios del XX.

En este texto, relato una pequeña parte de su vida. Como su bisnieto, puedo decir que él mismo me preparó durante muchos años de mi vida para dar a conocer su historia desde la mirada de uno de los suyos. Es fundamental que este grano de arena siga su curso, descolonizando las miradas y paradigmas desprendidos desde la hegemonía de los mensajes del pasado, con sus famosos cronistas que respondían a su propia ambición y conveniencia.

"Mi sangre yagán", es un pequeño homenaje a este gran legado que llevo conmigo luego de muchos años de investigación, sumados a la oralidad de mi pueblo, y preguntarme muchas veces quién era yo. Descubrí la inmensa importancia que era ser parte del pueblo originario más austral del planeta. Todo esto se resume en un gigantesco orgullo y agradecimiento a quienes me precedieron.

Infinitas gracias a la editora que se interesó por la publicación de un libro escrito desde el *sheskín*, ese corazón yagán, que late más fuerte que nunca. Deseando el mejor de los éxitos a *Hifas editoriales* y a todo su equipo de trabajo.

Víctor Vargas Filgueira, Ushuaia, 2021

Prólogo invitado

Yaganes, un pueblo legendario que habita desde hace miles de años el archipiélago de islas del sur de Tierra del Fuego, en un amplio territorio que se extiende desde el canal *Onashaga* hasta el mismísimo Cabo de Hornos "donde la tierra se acaba". Un pueblo tremendamente desconocido, sobre el que se tejieron leyendas y rumores que acrecentaron el misterio que los rodeó durante siglos, y que, en este libro, su autor, Víctor Vargas Filgueira nos desvela con naturalidad y prosa ágil. De espíritu nómada y libre, los yagán tradicionalmente se dedicaron a la pesca, la caza de otáridos y aves marinas y a la recogida de moluscos, especialmente mejillones, desplazándose en sus canoas fabricadas en corteza de árbol, en cuyo interior mantenían permanentemente encendido un fuego que transportaban de un lugar a otro. Adaptados de una manera admirable a las rigurosas condiciones climáticas de su entorno natural, se vestían con pieles de lobo marino o nutria echadas sobre la espalda y construían sus chozas en las caletas y bahías mejor protegidas de los embates del mar.

Los primeros navegantes europeos se asombraron de la extraordinaria agudeza visual de los yaganes, quienes eran capaces de atisbar en la lejanía un barco, la línea de la costa o cualquier otro objeto que los marineros solamente podían apreciar mediante catalejos. Grandes conversadores, el idioma yagán está compuesto por más de treinta mil palabras. Sin embargo, la mayoría de los exploradores que visitaron el territorio habitado por este pueblo jamás entendieron ni una palabra de su complejo idioma, lo que les impidió comprender sus costumbres y su existencia, pero no juzgarlos con severidad. Charles Darwin, que apenas los entrevió en 1834 desde la cubierta del bergantín Beagle, los calificó como "desdichados salvajes de talla escasa, con el rostro cubierto de pintura blanca, la piel sucia y grasienta, los cabellos enmarañados, la voz discordante y los gestos violentos". Desafortunadas palabras del eminente naturalista que dejan en evidencia sus propios prejuicios y su ignorancia sobre este pueblo. En cambio, el autor de Mi sangre yagán utiliza en su narración una gran cantidad de palabras del idioma yagán, lengua que conoció desde sus primeros días de vida, y recupera la toponimia originaria, que es la que debe prevalecer sobre los nombres impuestos por los colonizadores. Víctor es escritor, artesano y

guía en el Museo del Fin del Mundo de Ushuaia, donde relata la historia de su pueblo en primera persona.

Los yaganes vivían en una sociedad muy igualitaria en la que todos los miembros contribuían a las tareas de la comunidad, trabajando en común y tomando las decisiones conjuntamente. Las mujeres se encargaban del cuidado de los niños, la recolección de bayas y frutas silvestres y la confección de ornamentos como collares, pulseras y brazaletes. También tenían la delicada tarea de remar y dirigir la canoa en la dirección correcta, muchas veces en medio de un mar embravecido. Los hombres cortaban la madera necesaria para sus canoas, construían la choza y se ocupaban de la caza y pesca, manejando arpones, hondas y lanzas. Los niños se ocupaban de achicar el agua y de mantener encendidas las brasas, que custodiaban en el fondo de la embarcación y que les servirían para alumbrar el fuego al llegar a tierra. Con una gran disposición a compartir lo que tenían con todos los que les rodeaban, la varadura de una ballena se convertía en un festín en el que se encontraban amigos y familiares. Durante varios días se alimentaban de la carne del gran cetáceo, conservando la grasa como reserva para enfrentar el invierno.

En el libro, el autor pone de relieve otra de las características de este pueblo, su espiritualidad múltiple, en las que destacan los complejos rituales como el *Chiejáus* y la *Kina*. Ceremonias que los yaganes mantuvieron en secreto y que sólo fueron revelados a los ojos de los conquistadores a partir de los viajes del antropólogo alemán Martín Gusinde a partir de 1919. Fue precisamente Gusinde quien popularizó el nombre yámana, como se conocía antes a este pueblo. Pero las comunidades actuales se autodenominan yaganes. El choque con los colonizadores fue terrible y el pueblo yagán sufrió una elevada mortandad, pasando su población de varios miles de personas a solamente unos cientos de sobrevivientes. Pero aquí Vargas nos recuerda que los yaganes no están extintos, y que orgullosos de su pasado reivindican con fuerza sus costumbres y tradiciones. Y deja en evidencia a los autores que los declararon extintos, empeñados en negar las evidentes raíces indígenas de las naciones de Sudamérica. El historiador Armando Braun Menéndez se adelantó a escribir su epitafio: "Era tan miserable su contextura física, que no pudieron soportar ni su

propio clima", mientras que el escritor Arnoldo Canclini sentenciaba "los yaganes desaparecieron en especial por epidemias desde mucho antes del establecimiento definitivo de gente de origen europeo. Existen otras explicaciones como la variación de su alimentación o una infertilidad consecuente". Pero los yaganes están bien vivos y es justamente este pueblo, junto con sus vecinos kawésqar y las asociaciones ecologistas, los que con más fuerza se oponen a la instalación de salmoneras en sus mares. Una industria que amenaza el ecosistema marino de Tierra el Fuego, que tiene una de las aguas más prístinas del planeta.

Hoy, a través de estas páginas, Vargas nos cuenta la Historia de su pueblo y nos acerca las voces de sus antepasados, que a pesar del tiempo transcurrido y de la violencia sufrida, nos llegan nítidas y claras. El autor, también reputado artesano, se pone en la piel de sus ancestros para narrarnos la llegada de los europeos desde la mirada de los yaganes. Invasores recién llegados que, casi inmediatamente, comenzaron a comportarse como si la tierra yagán fuese de su exclusiva propiedad, imponiendo a los habitantes originarios sus costumbres y creencias.

Un pueblo que se atreve a escribir su propia historia y que no está dispuesto a permitir, nunca más, que otros relaten su pasado. Les invito a sumergirse en Mi sangre Yagán, sin temor a subirse a la canoa del viejo *Asenewensis* para acompañarle, junto a su familia, en un viaje prodigioso por los canales, sintiendo el viento helado, mecidos por el suave oleaje de un mar extrañamente calmo. Merece la pena.

José Luis Alonso Marchante[3].

[3] Autor de "Menéndez, rey de la Patagonia", y "Selk'nam, genocidio y resistencia", ambos de Editorial Catalonia

Notas editoriales

Esta edición está basada en el texto original del autor escrito entre los años 2015 y 2016. Este incluye valiosas palabras en *yaghan kuta*, lengua yagán, que nos hemos propuesto incorporar, buscando articularlas sin dificultar demasiado su lectura. Esperamos haberlo conseguido. En el mayor de los casos, hemos incluido su traducción en el mismo texto, en otros, como en el caso de los topónimos, lo hacemos a pie de página y sumamos un pequeño mapa. Por otra parte, esperamos que la o el lector descubra el sentido de algunas palabras siguiendo el relato. Finalmente, sumamos un glosario que reúne traducciones o definiciones de los adjetivos, sustantivos, verbos, presentes en la narración, y agregamos algunos topónimos que serán de utilidad para comprender las dimensiones del territorio ancestral.

No se sorprendan si alguna palabra en ocasiones cambia su gramática. Esto se debe a que estas son representaciones del lenguaje, de la oralidad, la palabra hablada, a una transcripción desde una lengua indígena a idiomas europeos, como en este caso, desde el inglés, el alemán, el francés y el español, fundamentalmente. Por otro lado, el territorio ancestral se reconoce en cinco parcialidades espaciales, desde las que derivan dialectos de la lengua yagán y hoy, estas diferencias persisten, desde la pronunciación y la escritura de yaganes y yaganes en sus distintos espacios de vida. Por ello, no queremos instalar una presencia rígida de la palabra, pero sí aportar en su reconocimiento y escucha".

Mi sangre yagán

Protagonistas

Asenewensis: Tomas Yagan, bisabuelo del autor.
Catalina: Catalina Yagan, abuela del autor.
Masemikens: El viejo Pedro.
Hueillanamaka Kipa: Gertie (abuela Chacón).
Ushcushiaco: Santiago.
Hamunu: Luisa.
Alapainch: Walter. Abuelo de Cristina Calderón.
Karrupakó le Kipa: Julia.
Yayosh: Mari.
Ashikensh: Hombre de Wulaia.
Yalapatensis: Se desconoce otro apelativo.
Nelly Calderón de Lawrence: Tía de Cristina Calderón.
Akacexanincis:Juan Calderón, padre de Cristina Calderón.
Richard: Se desconoce su nombre yagán.
Sara: Se desconoce su nombre yagán.
Adeleid: Adelaida.
Waits: Se desconoce su nombre yagán.
Ohmchen: Peine.
Clara: Se desconoce su nombre yagán.
Charlín: Se desconoce su nombre yagán.
Lanamutekens: José Milicic.
Cristina: Se desconoce su nombre yagán.
Chris: Se desconoce su nombre yagán.
Shumonaia le kipa: Se desconoce otro apelativo.
Martin Gusinde: Antropólogo de origen alemán, considerado por nosotros, los descendientes, como el autor de uno de los testimonios más veraces sobre nuestro pueblo. Cabe destacar, que la totalidad de las personas citadas fueron integrantes de las últimas Ceremonias de *Chiejáus* y de *Kina*, realizadas a la manera ancestral.

La cruda Realidad

A mediados del siglo diecinueve, el *Onashaga*[4] aún conservaba su naturaleza habitual. Los días transcurrían en una monótona pasividad que sólo era alterada por el canto de algún *laná*, pájaro carpintero, que perdió el rumbo de su pareja, o tal vez, el paso de una bandada de *lexúwas*, bandurrias, buscando refugio de las lluvias veraniegas. En ese entorno vivía nuestra gente, con la sola preocupación de proveerse del sustento diario. Desde muy pequeños recibían de los mayores sus conocimientos ancestrales, que servían para la vida diaria y los preparaban para el futuro. El respeto por su hábitat y por ellos mismos como *yámanas*, seres humanos, fue la mayor prioridad en sus normas de vida.

En aquellos tiempos, contaban los *usúanes*, abuelos, sentados alrededor del *pushák*i, el fuego, varias anécdotas de las que fueron testigos; de incursiones de seres extraños en su *Onashaga* querido, algo curioso y por lo que algunos testigos sentían inquietud. Las preocupaciones comenzaron cuando los avistamientos de canoas gigantes fueron más frecuentes. De ellas bajaba a tierra gente rara y misteriosa, con muchas cosas encima que nunca antes había contemplado un yagán. Nada les hacía pensar en un asentamiento permanente en su *tan*, tierra, porque cuando esto ocurría se retiraban unos días después, navegando por donde habían llegado.

Por aquel entonces nació *Asenewensis*, nuestro bisabuelo. Los colonizadores lo nombraron Tomás Yagán, y como tantos otros *mamakús*, otros hermanos, se vio obligado a convivir con ellos la mitad de su vida. ¿Hasta dónde llegará esto? Pensaba nuestra gente con tristeza y preocupación. Mientras tanto, *Asenewensis* y los demás yaganes, pasaban sus días lo más alejados que les fuera posible de los hombres blancos, anhelando la partida de todas esas canoas gigantes, que no sólo los invadían, sino que restaban

[4] Es el nombre en lengua yagán, *háusikuta*, del denominado "canal Beagle" por Robert Fitz Roy, quien comandaba el buque británico HMS Beagle que realizaba un estudio hidrográfico de las costas de la parte meridional de América del Sur entre 1826 y 1830, el primero de dos viajes, en el que el mismo comandante rapta y lleva a Europa a una niña y a tres adolescentes indígenas de los canales australes.

esa belleza limpia y pura a la hermosa tierra que los vio nacer.

Por las tardes, cuando el *lam*, el sol, caía en el horizonte rojizo, los *paiakoalas*[5] se adentraban desde *Shumakush*[6] y divisaban a lo lejos el campamento donde la gente nueva tenía cautivos a una gran cantidad de sus hermanos. ¿Cómo vivía esa gente si hace varias primaveras no mudaban sus viviendas ni salían en sus enormes canoas? ¿Serían todos *yecamush*, hechiceros, de algún pueblo lejano?

Los presagios de los pocos ancianos que quedaban entre los *paiakoalas*, decían que los *yámanas* del *Onashaga*, ya no vivirían felices como siempre; ya no tendrían más las tranquilas siestas en las orillas de las bahías después de una comida abundante, o esos hermosos atardeceres juntando *akis*, erizos, ya no se repetirían en el futuro, ni las *kipas*, mujeres, enseñarían a las niñas a tejer cestos de juncos.

[5] Gente de la playa.

[6] Punta Remolino. La Estancia Remolino fue fundada en 1899 por el pastor inglés y misionero anglicano John Lawrence (1844-1932), su esposa Clara Martin, y sus tres hijos. Las tierras les fueron donadas por el gobierno argentino durante la presidencia de Julio Argentino Roca por su labor desde 1873 en la Misión Anglicana de Ushuaia.

Los humos del *pusháki* en 1880

Pasaron veranos e inviernos, y *Asenewensis*, convertido en hombre, se daba cuenta de que los presagios sucedían uno a uno. Cada vez más, esas enormes *ánan*, canoas, llegaban a su tierra y casi no había rincón en su *Onashaga* donde no se topara con esa gente. Sus milenarias costumbres poco a poco se iban perdiendo; el compañero de toda su existencia, el *pusháki*, el fuego, se encendía sólo cuando era imprescindible, para no advertir a los blancos de su ubicación y mucho menos dar las señales de humo, *úsku*, que antaño convocaba a las familias yaganes a eventos extraordinarios, cuando se celebraría una ceremonia o cuando *Watauineiwa*, el ser supremo, les obsequiaba el varamiento de alguna ballena *wapisa*. Los *tumakáean*, ancianos, aconsejaban que bajo ningún motivo debían acercarse a *Tushkápalan*[7], porque en ese lugar la gente moría; casi todos los que se refugiaban allí experimentaban enfermedades desconocidas. Los *paiakoalas* lo llamaban "el cementerio yagán", pues muchas veces, cuando preguntaban por algunos de sus hermanos, *mamakús*, la respuesta era ¡ya no está entre nosotros!

El tiempo pasaba y el número de ellos en *Tushkápalan* disminuía cada vez más, como también las esperanzas de volver a ser plenamente felices en su amado *Onashaga*. Los ancianos que guardaban los conocimientos de nuestro pueblo, ya no querían realizar las ceremonias ancestrales, eventos fundamentales para su subsistencia, porque no contaban con la intimidad necesaria para realizarlas. Cada vez los encuentros con los *palalayamalin*, gente rara y misteriosa, eran mucho más frecuentes y trágicos. Los hombres blancos se burlaban de ellos, llegando a arrebatarles sus *kipas*, mujeres, a las que podían no volver a ver jamás. Hombres, *úas*, y abuelas, *kuluanas*, debían hacerse cargo de los pequeños niños y niñas, *kaiolas*, que quedaban a la deriva por estos aberrantes hechos. La supervivencia día tras día se hacía más difícil. Tenían que recorrer largas distancias porque la escasez de animales para la caza era algo evidente en el territorio. Niños y abuelos debían esperar largos días por el alimento que podían conseguir los hombres

[7] Península de *Ushuaia*, donde en 1869 el reverendo Stirling, miembro de la iglesia Anglicana inglesa, fundó el primer asentamiento europeo. En 1999 fue declarado Monumento Nacional argentino con el nombre de Misión Anglicana de Ushuaia - Tushkápalan.

sanos y fuertes. En ocasiones era tan miserable que debían repartir entre veinte lo que normalmente alcanzaba para cinco de ellos.

Las lágrimas en los ojos de los abuelos lo decían todo. Las historias alrededor del *pusháki*, el fuego, ya no eran alegres. La tristeza era tan evidente que no quedaba ningún yagán sin lamentarse y preguntarle a su *Watauineiwa* por qué les enviaba todas estas penurias. Los muchos intentos de los viejos y cansados *yecamush*, los poderosos hechiceros de antaño, eran en vano. Nada podían hacer ante aquella invasión que los confinaba a los rincones más alejados de su intrincado territorio de islas y canales. La desconfianza y el temor aumentaban día tras día y los *ínas*, inviernos, se tornaban mucho más crudos y largos que de costumbre. Un rotundo cambio estaba ocurriendo en el que había sido el tranquilo hogar de nuestros *úsuanes*, nuestros abuelos.

En aquel tiempo, dos de los misioneros blancos se asentaron en las costas del *Onashaga*. Thomas Bridges en *Waia Ukatush*[8] y Juan Lawrence en *Shumakush*[9]. Con el correr del tiempo, estas familias comenzaron a entablar buenas relaciones con algunos yaganes.
Asenewensis contrajo matrimonio con nuestra bisabuela Catalina. A pesar de su alegría, sus días continuaban de la misma manera. Por un lado, escuchaban buenos comentarios sobre algunos blancos y, por otro, los sorprendían las tragedias ocasionadas por el contacto con ellos. No debían confiarse demasiado, al menor indicio de la presencia de esa gente en su *tan*, tierra, corrían a esconder a sus mujeres y a sus niños. Los yaganes se vieron obligados a volverse cada vez más sigilosos.

Los blancos buenos hacían muchas preguntas y no dejaban de llegar con cajas de madera que ponían frente a ellos por largos períodos de tiempo para atrapar luces y sombras. Ningún yagán toleraba los atuendos con los que vestían para posar delante de las cajas, pero como lo exigían para entregar los alimentos, lo tomaban como una manera diferente de satisfacer el hambre, *amashaku* . Así comenzaba nuestra gente a conocer la codicia y el acaparamiento, introducido por esa gente rara y misteriosa, es decir, hacer

[8] Bahía Harberton
[9] Punta Remolino

lo que pidan a cambio de algo.

La vida en el *Onashaga* continuaba entre nostalgia, tristeza y resignación. Las enfermedades traídas por los europeos habían llegado hasta los últimos escondrijos que les quedaban. Algunos yacían inmóviles esperando su propio deceso y los fallecidos eran tantos que no tenían tiempo de practicar la *yamalasemoina*[10], ceremonia de duelo. Su tierra era cada vez más poblada de cosas extrañas, *pálala*, utensilios y animales que jamás imaginaron.

Asenewensis, su familia y los presagios - 1900

Los blancos eran cada vez más y los yaganes, que antaño eran miles, apenas sobrepasaban el centenar. Debían ser inteligentes y, con la impotencia a flor de piel, aceptando las burlas y el desprecio, sumirse a la forma de vida de los blancos.

Asenewensis, Tomás Yagan, ahora tenía una familia. Había nacido su hija Catalina Yagan, nuestra abuela, y él pasaba los días jugando con ella, pensando también que su llegada habría una pequeña luz de esperanza para su descendencia, esa dulce niña ablandaba un poco el sufrido *sheskín*, corazón, de *Asenewensis*. Presintiendo como los demás *tumakáean*, ancianos, el terrible desenlace que les esperaba, enseñaba a Catalina las hermosas leyendas y costumbres de su gente, cuando sus miradas sólo veían a lo lejos las innumerables *tumalaxtákas*, fogatas, que indicaban la presencia de los suyos. Entonces, él escondía sus lágrimas de su hija y era invadido por la realidad, llegaba el momento de empezar a prepararla para lo que habría de venir. Catalina se estaba formando como una *sukanikipa*, muchacha, y era preciso que supiera todo lo concerniente a los blancos. Algo que Tomás ignoraba, era que su hija Catalina también tenía las mismas preocupantes visiones.

[10] La ceremonia de duelo era realizada cuando fallecía un anciano o hechicero poderoso.

Un varamiento en Wulaia[11]

Una tarde, a principios del *anislus*, período de otoño, en la pequeña caleta de *Wulaia*, cuando el alimento era más escaso, apareció desde el este una *ánan aiyusu*, canoa de corteza, donde venían dos tripulantes de edad madura y un anciano, llamado Waits por los blancos. La canoa construida a la manera ancestral les llamó mucho la atención, puesto que en aquel tiempo no era frecuente hacerlas ni navegar en ellas.Traían una noticia que conmocionó al campamento: había varado una *wapisa*, ballena, en una zona cercana a *Yachkusin*[12], al sureste del *Onashaga*. Transmitían esta información de boca en boca para evitar que la gente de las canoas gigantes se enterara del suceso y decidieran invadir el lugar.

Comenzaron a desarmar las *ákar*[13] y a juntar sus pertenencias para partir lo más pronto posible en busca de tan delicioso sustento, rico en grasas y fundamental para afrontar el largo invierno que se anunciaba con las primeras nevadas otoñales, *staiyakin*. Partieron adentrándose hacia el sur por el *Yagashaga*[14] y tomaron rumbo al este por su desembocadura. Llegarían al lugar al día siguiente por la mañana. Al acercarse, la tristeza empañó nuevamente uno de los momentos más felices de la vida yagán. En ese instante, *Asenewensis* le preguntó al más anciano de los mensajeros, Waits, si faltaba dar aviso a los demás yaganes, porque apenas sumaban trece canoas. El anciano contestó, –¡ ya hemos recorrido el *Onashaga* de punta a punta y no ha quedado nadie sin ser informado de este acontecimiento!– En su juventud, recordó *Asenewensis*, se agrupaban hasta ochenta *ánan aiyusu*, canoas de corteza, que sumaban más de quinientas personas. En esta ocasión, no llegaban a cien. Totalmente sumergido en la tristeza responde, –¡que le ha pasado a mi gente!

[11] Wulaia es una bahía del territorio ancestral que hasta hoy conserva su nombre en lengua yagán. Esta bahía, era un lugar de encuentro importante para los yaganes, debido a que está ubicada en un sector central del territorio y protegida de los vientos.

[12] Islas Wollaston

[13] Viviendas temporales construidas de ramas de lengas, cueros de lobo marinos, tendones de ballenas y fibras vegetales

[14] Canal Murray.